En el delicioso romance matemático de Norton Juster: “La recta y el punto”, donde relata los amores de la recta por el punto, éste la desprecia porque es tiesa como un palo: aburrida, convencional y frustrada. Pasiva, tímida y amargada. Oprimida, reprimida y reseca… La recta no se da por vencida y aprende a ser libre, a doblarse y construir figuras y muestra al punto que puede ser misteriosa, inteligente, atractiva, profunda, compleja, culta, elocuente, enigmática, seductora… El punto se enamora de la recta para siempre.

Miguel Calatayud mezcla la ilustración con el cómic y la literatura, nos relata magistralmente nuevas aventuras de la recta y el punto que confirman, y amplían, todas las virtudes de la línea. Sus dibujos nos producen dos impresiones inmediatas: la densidad de historias, de personas y de cosas que esconde cada uno, armoniosamente encajadas, y el predominio de la línea recta. Los colores -fríos, tibios o calientes- no son un simple añadido para dar volumen, ayudan a imaginar el relato, aumentan o quitan dramatismo a la acción y crean una atmósfera surrealista. Todo adquiere movimiento como en un sueño, en el que se rompen las convenciones de las leyes de la simetría y de la proyectiva –“las mentiras de la perspectiva”, como dice Miguel–.

El observador tiene la ocasión de recordar esas leyes, y descubre que, al romperlas, se producen ilusiones inesperadas.

Las figuras euclidianas, polígonos, poliedros, ondas, espirales… adquieren aquí vida y funcionalidad: Los triángulos son dientes, narices, coronas de luz, escamas de serpiente, cuellos o bolsillos. La curva es un rabo de tigre, una planta o una serpiente. Un cono puede ser un sombrero, una torre o un brazo. Un prisma puede ser una casa, una torre, un cuerpo. Un arco representa un ojo, un rayo de luz, una oreja o un sombrero. Las estrellas del firmamento son pequeñas, amables, pentagonales, como el pentagrama pitagórico; pero también hay algunas estrellas grandes, poliédricas, que pinchan al mirarlas. Los tetraedros, colocados en el suelo, sobre una de sus aristas, cortan. Las espirales son hojas de palmera, trompas de mariposa, olas que empaquetan. Un círculo es el sol, la luna, un ojo, una mancha sobre la piel del gato, un reloj. Las ondas son banderas, serpientes, hojas, luces que transportan. Los fractales son nubes y manchas… En suma, un código propio para captar el mundo.

Miguel Calatayud muestra con maestría el poder metafórico del arte en la geometría, y, recíprocamente, la influencia de la geometría en el arte. Nos invita a darles vida a las formas, a reflexionar sobre nuestra percepción del mundo real y, sobre todo, a gozar de las historias que nos cuenta, en las que se integran inseparablemente texto e ilustración.

Eliseo Borrás. Noviembre 2006

MIGUEL CALATAYUD